

—Quereis que os deje los versos y acaso con ellos podreis averiguar-me el nombre del desconocido? Puede que os sea fácil, y no dejareis de encontrar letra igual entre los papeles de la reina, si quereis observarlo.

—Espiar! — murmuró la joven.

—Yo no digo tal, — contestó la de Eboli. — Ya comprendereis, que es un secreto de importancia, de mucha importancia el que he fiado á vuestra amistad. Os pido solo que me ayudeis á descubrir el nombre del amante afortunado, del que dice tan tiernas cosas á una reina que deberá constatarle con otras iguales.

—Oh!

—Con qué, decidme: puedo contar con vos?

La jóven vaciló.

—Contad — dijo por fin con voz sumamente débil.

—Pues entonces, os dejo. Mi visita ha sido ya bastante larga y me reclaman mis negocios. Mañana ó el otro volveré y me dareis parte de vuestros descubrimientos. Adios, hija mia.

Y la princesa besó en la frente con toda amabilidad á la jóven, pero no pudo menos de experimentar un lijero estremecimiento. Efectivamente, sintieron sus labios un contacto tan frio, que no parecia sino que hubiese besado una frente de mármol.

La princesa se apresuró á salir.

En cuanto hubo atravesado el umbral, Aura se llevó las manos á los ojos y un torrente de lágrimas brotó de ellos.

La jóven no podia mas; estaba al cabo de sus fuerzas; se ahogaba.

La de Eboli halló en el corredor á Antonio Perez que le ofreció el puño, como era costumbre entonces, para bajar la escalera.

—Y qué? — dijo en voz baja á la princesa.

—Todo va bien, — contestó esta chispeando sus ojos de júbilo.

—Los versos?

—Han producido su efecto.

—Entonces.....

—Hemos triunfado.

—Y Aura?

—Es nuestra.

VI.  
DONDE SE TRATA YA DEL BRAZALETE.

—DESENGAÑAOS, princesa — decia Felipe II cruzando á grandes pasos su gabinete y dirigiendo la palabra sin mirarla á la de Eboli que se mantenía en pié apoyada en el respaldo de un sillón, — desengañaos; yo no puedo ni debo obrar. Necesito una prueba, una sola. Vos que sois tan astuta, princesa, no podeis facilitarme esta prueba?

—Le he dicho ya á V. M.....

—Que un hombre entra todos los dias en el jardin de la reina, corriente. Pero quién es ese hombre? El príncipe no es, porque no se le ha vuelto á ver salir de palacio desde aquella noche fatal en que tampoco pudimos asegurar que él fuese el rondador; el marqués de Poza puede entrar para verse con su prometida Aura de Villa Medina; con quien me han dicho estaba para casarse. Por consiguiente, aun no pasa nada del terreno de las suposiciones.

—Señor, V. M. lo encuentra hoy todo natural y fácil, — dijo la princesa picada. — Yo doy indicios vehementes.

—Yo necesito hechos.

—Pero.....

—Nada; yo necesito hechos. Un testigo; un solo testigo que haya visto hablar de noche á la reina con el de Poza y entonces lo creeré. Mientras no sea así, princesa, no castigaré á nadie.



En aquel momento oyóse un ruido extraño en la antesala del gabinete, un rumor de voces con las cuales se mezclaba la agitada y suplicante de una muger.

—Que es eso?—murmuró Felipe.—Qué pasa ahí fuera? Hacedme el gusto de informaros, princesa.

La de Eboli llamó á un criado.

—Qué hay?—le preguntó.

—Una dama de la reina que, habiéndole dicho en vuestra habitacion que os hallábais aquí, desea veros y entrar á toda fuerza.

—Una dama de la reina!

—Sí, señora—contestó el criado.

—Y desea verme á mí?—dijo la princesa.

—Sí, señora.

—Cómo se llama esta dama?

—Aura de Villa Medina.

—Aura!—esclamó sorprendida la princesa.

—Aura!—murmuró el rey que detuvo sus paseos.

El semblante de la de Eboli se iluminó como por una ráfaga. Era que una sospecha acababa de penetrar en su corazón.

Acercóse rápidamente al monarca.

—Señor no deseaba V. M. un testigo?

—Sí.

—Acaso el cielo nos lo envía.

—Cómo?

—Se digna V. M. permitirme que reciba aquí á Aura de Villa Medina mientras V. M. se retira á otra estancia?

—Porqué?

—Porque desearia que V. M. pudiera oír nuestra conversacion.

—Vendrá Aura para hablar de eso?

—Y para pedir justicia tal vez.

—Ola!

—Si señor.

—Teneis por espías á las jóvenes que rodean á la reina?

—Aura no es espía.

—Pues qué es?

—Una muger celosa.

—No entiendo.

—Otórgueme V. M. la gracia que le pido y lo entenderá.

—Con qué quereis que escuche vuestra conversacion?

—Si señor.

—Bien está.

Y el rey, levantando una tapicería, se introdujo en un gabinete contiguo.

La de Eboli dió orden para que Aura pasase adelante.

Esta se precipitó, mas bien que entró en la estancia. Su semblante estaba demudado, sus cabellos en desorden, sus manos nerviosas. Todo revelaba en ella una agitacion, un desasosiego, una lucha terrible.

La misma princesa no pudo menos de hacerse atrás al ver el rostro lívido de la jóven.

—Qué teneis?—le preguntó alarmada.

—Oh! gracias á Dios que os encuentro, princesa!—dijo Aura con voz entrecortada por la fatiga.

—Pero que teneis, Aura?

—Que tengo?—esclamó la jóven clavando en la cortesana sus ojos secos y enrojecidos—Y vos me lo preguntais? Tengo..... tengo que estoy loca!

—Aura!

—Loca, completamente loca, señora!

—Qué os ha sucedido?

—Le he visto.

—A quién?

—Al marqués.

—Y qué?

—Ha sido una noche horrible, princesa! Quereis que os lo cuente?

—Sí, sí, contadme.

—La noche era negra y oscura. Los vientos silvaban con desatada furia tronchando los arbolillos en flor que estendian sus tiernas y delicadas ramas. Agrupados y espesos nubarrones balanceaban en el espacio sus preñados antros en cuyo seno rugía la tempestad. Ay! otra tempestad mas terrible habitaba en mi corazón cuando, sin temor á los elementos, me lancé al jardín y me sumerjí en un mar de tinieblas encaminándome hácia el pabellon de la reina.

—Ah! de la reina?—interrumpió la princesa.

—Es claro. De la reina; no era allí donde debia ir el perjuro?

—Proseguid, proseguid—dijo vivamente la princesa volviendo los ojos



hacia la tapicería como interrógando sus pliegues para asegurarse de que estaba allí tras de ellos el monarca.

— Junto al pabellon hay un pequeño grupo de acacias. Entre ellas me coloqué y allí estuve aguardando, sin temor á la lluvia que empezaba á caer y al viento que rasgándose en los árboles, parecia murmurar á mis oídos lúgubres suspiros. A poco de estar allí oí pasos cercanos, pero dados con cierta precaucion. Un hombre se adelantaba pisando con cautela y, á pesar de la oscuridad de la noche, envuelto en su ferreruelo. Le ví acercarse al pabellon de la reina, golpear los cristales de la ventana y en seguida... oh! princesa!... princesa!

— En seguida? — dijo la de Eboli fijos sus ojos en la tapicería.

— En seguida desaparecer por la puerta entreabierta que guia al interior de las habitaciones regias.

La tapicería se movió entonces como agitada por una mano oculta. La princesa dejó dibujar en sus labios una sombra de sonrisa.

— Y que mas? — murmuró.

— Aquel hombre no podia ser otro que el marqués de Poza, princesa; su aire, su porte me lo habian dado á conocer, pero mejor que nada me lo decia mi corazon. Entonces, puesto, que Dios ó la fatalidad me habian lanzado allí, he querido averiguarlo todo, apurar la copa hasta el caliz. Yo no hacia caso ni de la lluvia que caía, ni del trueno que rujía, ni del viento que bramaba, ni del rayo que culebreaba en las nubes. No, princesa, la tempestad no estaba en el cielo, sino en mi corazon.

— Y qué? — dijo la de Eboli.

— No sabia como hacerlo. La puerta se habia cerrado tras del marqués y la ventana por la cual se veía brillar luz estaba demasiado alta para que yo pudiera alcanzarla. He hecho esfuerzos inútiles, me he desgarrado mis vestidos, y mis dedos, ensangrentados con la piedra, han buscado vanamente donde agarrarse para poder trepar á la ventana.

— Pobre Aura!

— Pobre Aura! sí, bien habeis dicho. Pobre Aura á la que se ha engañado vil é infamemente. Pero, oid. Entonces me he acordado de que el jardinero debia tener por allí una tosca escalera, la he buscado á tientas, la he hallado y aplicándola contra la pared, he podido subir hasta la ventana. Princesa, princesa, allí estaban la reina y el marqués de Poza, los dos en conversacion muy animada, pero en voz baja. De modo que no he podido oír nada.

— Nada?

— Nada por el momento. Poco despues de estar yo en mi sitio, he visto al marqués hacer ademan de marcharse. En aquel momento la reina ha corrido á su escritorio, ha sacado una caja, de ella un brazalet de perlas, el mismo que le he visto siempre usar en las grandes ceremonias, y se lo ha dado al marqués diciéndole en voz algo mas elevada estas palabras que perfectamente han llegado á mis oídos: «Que el hombre á quien amaré toda la vida lo guarde en memoria mia!» Estas palabras se han clavado como dardos en mi corazon, he sentido que el dolor me oprimia, un velo ha cegado mi vista y he tenido que cojerme á la escalera para no caer. No sé, princesa, como el corazon no se me ha roto á pedazos. Cuando pasado aquel largo rato de dolor he abierto los ojos, ya en el pabellon no habia nadie. La reina y el marqués habian desaparecido. Entonces he bajado de la escalera, he vagado como una loca por los jardines de palacio hasta apuntar el alba, y me he dirigido á vuestra habitacion para deciros, princesa: Ya lo veis, se me ha vendido infamemente. Cómo podré vengarme?

En aquel momento una voz fria y aguda sonó á espaldas de la jóven.

— Y de quién quereis vengaros? — dijo esta voz.

Aura se volvió y un estremecimiento recorrió sus venas, un frio sudor bañó su frente.

El rey, pálido, mirándola con ojos de una fijeza espantosa, estaba de pié en medio de la sala como una estatua.

Aura cayó de rodillas.

— Perdon! perdon, señor! — exclamó.

— Perdon y de qué, pobre niña? Oid; lo que acabais de contar es cierto, no es verdad? Vos lo habeis visto? La reina ha entregado al marqués su brazalet de perlas; lo habeis visto bien, verdad?

La jóven no contestó. Muda de terror, pensaba en los males sin fin que iba á reportar su imprudente y celosa indiscrecion.

— Decid, niña, lo habeis visto?

Tampoco contestó Aura. En cuanto á la princesa, cruzada de brazos y con una sonrisa triunfante, contemplaba toda aquella escena.

— Contestad, niña, — exclamó Felipe con imperio. — Vuestro rey os lo manda. Habeis visto á Isabel entregar el brazalet de perlas?

— Si señor, — murmuró la jóven, pálida y muerta de espanto, con una voz inentelible casi.

— Está bien.

Felipe dió un golpe en el timbre.



Un servidor se presentó.

— Mi capitán de guardias, — dijo con severo laconismo.

— Oh! que va á hacer, Dios mio! — murmuró Aura entre dientes. Y en seguida, en voz alta: — Señor....

— Tomad, — dijo Felipe escribiendo su firma sobre un papel blanco y alargándoselo en seguida á Aura. — Felipe no negará nada al portador de esta firma del monarca. Id y volved cuando me necesiteis.

Dijo esto con un tono que no admitía réplica. Aura al pronto habia comprendido mal, y no acertaba á tomar el papel, pero luego sobrecojida por un pensamiento secreto, lo tomó y se lanzó fuera de la estancia.

— Pobre niña! — murmuró Felipe viéndola marcharse.

Y sus ojos abandonaron á la jóven para clavarse en el semblante altamente significativo de la princesa.

Vino el capitán de guardias y le envió el monarca á informarse de quién se hallaba en aquel momento con el príncipe Carlos.

— El marqués de Poza es el que está actualmente en conversaciones con S. A., señor, — dijo el capitán.

— Cuando haya salido, — exclamó entonces el monarca — pondreis centinelas en todas partes, rodeareis la habitacion del príncipe y no dejéis que salga ni entre nadie. Hasta el mismo Carlos estará sometido á esta ley: nadie entrará ni saldrá de sus habitaciones como no os entreguen un pase firmado por mí. Id á cumplir estas órdenes, y acordaos que me respondeis con vuestra cabeza.

El capitán se inclinó y partió.

Sigamos ahora los pasos de la pobre Aura. En medió de la agitacion que la dominaba, de la calentura que la abrasaba, una idea habia surjido en su espíritu debilitado y fatigado por tan terribles emociones como la combatian.

Cruzó con paso firme y resuelto las estancias y galerías de palacio y bajó rápida la escalera marmorea que conducia al espacioso vestibulo. Solo allí pudo respirar con alguna libertad. Estremeciase, horrorizábase la pobre niña al pensar en la cadena de males que arrastraría tras sí su imprudente revelacion, y parecíale increíble que hubiese contemplado sin morir de espanto la helada pero elocuente figura de Felipe II irguiéndose ante ella como la representacion de una futura y terrible venganza.

Aura tenia miedo, pero un miedo horroroso, un miedo invencible. Espantada de lo que habia avanzado, quiso retroceder..... retroceder si es que habia tiempo para hacerlo.

Llegóse á su habitacion, envolvióse con un manto en cuyos pliegues recató su rostro y fuese sin vacilar hácia el pabellon aislado que servia de morada al marqués de Poza. Este no se hallaba en casa, pero como Aura se decidió á esperarle, hizola el criado del marqués subir á la coqueta estancia donde hemos visto pasar la escena primera de esta historia.

Media hora despues llegó el marqués. Su ayuda de cámara le dijo que una misteriosa tapada estaba aguardándole en su gabinete. El de Poza hizo un signo de disgusto. Temia alguno de aquellos compromisos á que le arrastraban sin cesar sus galanterías.

Decidióse sin embargo á subir.

Al penetrar en la estancia tristemente iluminada por la luz nebulosa del dia que filtraba á través de las ricas cortinas de seda, vió en un ángulo, sentada en un sillón, inmovil, á una muger que al ruido de la puerta volvió el rostro.

Era su futura.

— Aura — exclamó el marqués. — Aura! tú aquí!

La jóven reunió todas sus fuerzas para levantarse y dar algunos pasos con una dignidad, que no se hubiera creído poder encontrar en ella.

— La misma, señor marqués, — dijo. — Os estorba acaso mi presencia? esperabais á otra muger quizá?

El de Poza se quedó sorprendido y estático, no tanto de hallarse allí con Aura, sino de su rostro demudado, de sus vestidos en desorden, de sus ojos enrojecidos, del acento destilando amarga hiel con que habia pronunciado sus palabras.

— En nombre de Dios, Aura, qué es eso? qué pasa? qué sucede?

— Sucede, — contestó la hermosa jóven con una altanera superioridad y echando fuego por los ojos, — sucede que yo, vuestra víctima, yo, tan infamemente vendida por vos, yo vengo á salvaros, marqués, y á deciros: Partid, ahí teneis la firma del rey que os sirve de salvo conducto, pero partid sin dilacion, en el acto, en seguida, porque si retardais solo una hora acaso ni esta firma bastará á libraros de la muerte que teneis merecida.

El marqués no sabia lo que le pasaba.

— Aura, no os comprendo, no sé que quereis decir, qué significa todo esto, Dios mio!

Y el de Poza miraba el papel al pié del cual estaba en blanco la augusta firma, papel que habia maquinalmente tomado de la mano trémula con que la jóven se lo habia alargado.